

Cristina Fernández Cubas

EL ÁNGULO DEL HORROR

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

CRISTINA FERNÁNDEZ CUBAS
EL ÁNGULO DEL HORROR

TUSQUETS
EDITORES

1.^a edición: mayo de 1990

1.^a edición en esta nueva presentación: octubre de 2024

© Cristina Fernández Cubas, 1990

Publicado por acuerdo con Casanovas & Lynch Literary Agency, S.L.

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona

www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-1107-521-3

Depósito legal: B. 14.105-2024

Fotocomposición: Realización Tusquets Editores

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S.L.

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Índice

Helicón	11
El legado del abuelo	51
El ángulo del horror	93
La Flor de España	111

Si la memoria no me engaña y puedo considerarme aún un hombre cuerdo, con la normal capacidad para interpretar los signos del calendario y del reloj, precisaré que fue hace diez días y nueve horas *exactamente* cuando cometí el error.

El error, la torpeza, el desatino, pueden parecer nimios y excusables. Pero no lo son, y de poco me ha servido, en este fin de semana de absoluto retiro, achacar la culpa a otros, a los amigos, al azar, al temible helicón (del que hablaré luego) o a cierta irritante familiaridad que se crea en los bares. Porque el hecho es que conocí a Ángela, Ángela me gustó y, en lugar de invitarla a un lugar cualquiera, un café confortable y anodino, no se me ocurrió nada mejor que llevarla al menos anónimo de los antros: el bar en el que no me hace falta quedar con antelación para encontrarme con mi gente. Sí, digo bien, mi gente. Esa gente que sabe —o por lo menos cree saber— lo suficiente acer-

ca de uno mismo como para, con la mayor naturalidad, hablar más de la cuenta en el momento menos oportuno. Pero, como he dicho antes, les excuso. La culpa es mía, sólo mía y de mi timidez. Quise llevar a Ángela al altillo del Griffith, el bar de encima de un cine en el que me reúno con mi gente, para demostrarle tal vez un par de cosas. Primero, que Aureliana, la encargada del local, me conoce. (¡Qué tontería!, podría pensar más de uno. Pero no, sabiendo de mi timidez, no les parecería ninguna tontería.) Ángela, pensé, esta chica fabulosa con la que me acabo de encontrar, se sentirá como en su casa en el bar del Griffith. Aureliana me conoce, sabe lo que bebo, la cantidad exacta de hielo con el whisky, el medio dedo de agua que unas veces necesito y otras no. Y luego aparecerán los amigos, pensé. Pensé en los amigos en abstracto y pensé también: Me encantará que Ángela conozca a mis amigos y mis amigos a Ángela, después de un tiempo prudencial, cuando hayamos hablado ya de todo lo hablable y se acerque el momento de proponer otra copa en otro lugar, momento en que suelen asaltarme infinidad de dudas e inseguridades. De modo que llegamos a las once en punto, una hora discreta. Pedí un whisky con hielo y, mientras ella se preguntaba lo que iba a consumir, me propuse interrogarla sobre su vida, sobre su trabajo, sobre cualquier cosa.

—Un batido de plátano —dijo de pronto.

Me disgustó que Ángela no probara el alcohol. Eso ponía las cosas un poco difíciles. Yo diciendo tontería tras tontería, y ella, cada vez más sobria, más nutrida y vitaminada, observándome —observándonos, porque pronto llegarían los amigos— como un juez implacable y justiciero. Me había ocurrido en alguna ocasión y los resultados no podían haber sido más desalentadores. Pensé en aquellos momentos en hacerme con una guía nocturna de granjas y cafeterías, cuando Aureliana se aproximó con un vaso largo de color repulsivo y lo depositó sobre la mesa.

—Está muy cargado —dijo sonriendo.

Ángela no entendió el chiste, tal vez quien no lo entendiera fuese yo o, seguramente, había poco que entender. Pero Aureliana —¿por qué se me habría ocurrido acudir aquella noche al Griffith?— quiso mostrarse encantadora y añadió:

—Me refiero a que he utilizado un plátano doble. Espero que te guste.

A Ángela no le gustó. Aguardó a que Aureliana regresara canturreando a la barra y me miró con una extraña expresión entre divertida y nauseabunda.

—Un plátano gemelo —murmuró—. Ha querido decir *plátanos gemelos*...

Y enseguida, como accionada por un resorte, empezó a enumerar toda suerte de fenómenos, para ella repugnantes, con los que nos mortificaba la Madre Naturaleza. Primero estaba el plátano, aquellos pláta-

nos siameses que Aureliana acababa de dejar sobre la mesa en forma de batido. Y ahora recordaba de pronto una ocasión, de pequeña, en el comedor del colegio... La monja le había servido de la cesta una fruta de esas características y ella se negó a probarla, a tocarla, a mirarla siquiera. En el mercado —porque a menudo, me contó, era ella quien se encargaba de hacer la compra para la familia— no permitía jamás que le vendieran los productos en bolsas precintadas. Todo lo contrario. Ella misma seleccionaba las piezas una a una —aunque en algunos puestos estuviera prohibido tocar el género y más de una vez hubiera sido reprendida por la vendedora—, no fuera que la monstruosidad apareciera luego en su casa en forma de patata, de tomate, de berenjena... Pero había algo peor. Le había ocurrido hacía muy poco y todavía no podía evocarlo sin estremecerse. (Le ofrecí un sorbito de whisky y Ángela lo bebió como una autómatas.) Sí, existían algunos productos contra los que no valían precauciones ni cautelas. Porque el otro día, ese día aciago, acababa de adquirir como siempre una docena de huevos. Y luego, ya en la cocina, cuando se disponía a hacerse una tortilla, no tuvo más remedio que comprobar con horror que aquella inofensiva e inocente cáscara contenía en su interior nada menos que dos yemas. Dos. Exactamente iguales. Repulsiva e insospechadamente iguales.

En aquel mismo instante, supongo, hubiera debido

reaccionar, dejar el importe de nuestras consumiciones sobre la mesa y llevarme a Ángela lo más lejos posible de Aureliana y del Griffith. Pero no fui lo suficientemente rápido. Oí mi nombre, me volví y reconocí consternado, a través del cristal, los mitones rojos de Violeta Imbert lanzándome un saludo desde el vestíbulo del cine. Demasiado tarde. Ya Violeta Imbert y Toni Pujol subían a toda prisa el tramo de escaleras que les separaba del bar. Me había puesto pálido. Ángela, para mi desgracia, no se daba cuenta de nada. Miraba hacia el vacío y proseguía impertérrita:

—He dicho «exactamente iguales». Pero no es del todo cierto. Mientras las dos yemas convivieron en el interior de la cáscara, es decir, toda su vida, estaban condenadas a contemplarse la una en la otra. Una, en cierta forma, era parte de la otra. Y su fin, el lógico fin para el que nacieron, para el que estaban destinadas, parecía todavía más angustioso: fundirse fatalmente en una tortilla, abandonar sus rasgos primigenios, iguales, idénticos, calcados, entregarse a un abrazo mortal y reparador, y volver a lo que nunca fueron pero tenían que haber sido. Un Algo Único, Indivisible... O, tal vez, todo lo contrario —aquí Ángela bajó misteriosamente el tono—: reproducir, sobre la sartén, su dualidad congénita e inquietante.

No sé si me encogí de hombros, si asentí con la cabeza o si no hice nada en absoluto. Me sentía nervioso.

—Me refiero —continuó poniendo buen cuidado en medir sus palabras— a que, en lugar de una tortilla, podría haber estado pensando en un huevo frito. Sí, ¿por qué no? Un huevo frito. Y entonces las dos yemas hubieran perecido de la misma forma en la que siempre vivieron. Una al lado de la otra. Aprisionadas ahora por la clara. Dos hermanitas vestidas de organdí...

Mis amigos acababan de sentarse en aquel instante. Hice las presentaciones de rigor un poco alterado. Violeta, Toni, Ángela, Marcos... Marcos soy yo. Recurrí a esa estupidez con toda la intención del mundo. Había observado en algunos tímidos —y también en algunos imbéciles— cierta extraña obsesión por presentarse a sí mismos seguida de una media sonrisa de complicidad. En realidad era como decir: «Somos tan amigos...». O esperar a que los otros añadieran: «Mucho gusto. ¡Quién lo iba a sospechar!». Me daba igual que Violeta o Toni decidieran que me había vuelto idiota; que me hallaba azorado ante la belleza de mi nueva amiga y que intentaba disimular mi torpeza con semejante intervención. Lo único que pretendía era acabar con el amenazante monólogo de Ángela, desviarla cuanto antes del asunto. Y si ellos, los recién llegados, concluían lo que había imaginado antes, mejor que mejor. Violeta se las ingeniaría para dejarnos solos y las cosas no pasarían de ahí. Luego yo me llevaría a Ángela a cualquier discoteca.

—Me parece que interrumpimos —dijo Violeta.

—No, claro que no —intervino Ángela—. Hablábamos de tonterías.

Respiré aliviado. Ángela hurgaba ahora en el interior de su bolso. Supuse que buscaba una polvera, un pintalabios, una agenda... Sacó un recorte de prensa.

—Apareció en el periódico de ayer —dijo— y, no sé por qué, pero... en esta noticia hay algo que me impresiona.

Se caló unas gafas de montura metálica y arrugó la nariz. La encontré mucho más atractiva aún que horas antes, cuando todavía no se me había ocurrido la feliz idea de invitarla al Griffith. Hice un gesto a Aureliana para que me trajera otra copa.

—Veréis —dijo Ángela—, escuchadme. Venía en la sección de sucesos.

Y, acto seguido, me dirigió una mirada, que devolví con una sonrisa, y leyó:

DOS HERMANAS GEMELAS
APARECEN MUERTAS EN EL
DORMITORIO DE SU CASA

EL SUICIDIO SE PRODUJO
HACE SIETE MESES

Los cadáveres de María Asunción y María
de las Mercedes Puig Llofriu presentaban
el aspecto de dos momias

Dejé exhausto la copa sobre la mesa.

«... Los cadáveres de María Asunción y María de las Mercedes Puig Llofrin presentaban el aspecto de dos momias cuando, en la mañana de ayer, fueron descubiertas por la policía tras forzar las puertas del piso. Hacía siete meses que no se sabía nada de ellas. Impresos y facturas se amontonaban en el buzón y las ventanas exteriores de la vivienda aparecían cerradas desde entonces. Esos extremos, sin embargo, no habían puesto en guardia a los vecinos. Las gemelas, solteras y de unos cincuenta años de edad, no solían relacionarse con nadie, apenas ventilaban la casa, y, en los últimos años, les había sido cortado el suministro de luz y de agua. Todo parece indicar que, incapaces de solventar su penosa situación económica, optaron, a mediados de agosto, por poner fin a sus vidas.»

Bien. Ángela se revelaba un tanto monotemática, era cierto, aunque ese pequeño detalle, en otras circunstancias, tal vez no hubiera dejado de tener su gracia. En otras circunstancias, desde luego. Ahora yo me sentía intranquilo y molesto, deseando con todas mis fuerzas que llegara alguien más, alguien completamente ebrio o alguien con mucho que contar. Un accidente, una película... Que Aureliana, ofendida, recogiera el batido despreciado y, entonces, antes de que se volviera sobre el motivo del rechazo, antes de que regresáramos a las verduras, a las frutas o a las yemas, yo

aprovecharía para proponer un cambio, un lugar repleto de gente en el que no pudiésemos hacer otra cosa que beber. Pero Ángela seguía hablando. Acababa de doblar el recorte y se preguntaba en voz alta, con cierta soltura de especialista, por el medio empleado por las gemelas suicidas. ¿Veneno? ¿Corte de venas? ¿Inanición pretendida y constante? En todo caso, lo más probable es que murieran con escasos minutos de diferencia. El término de un ciclo fatal iniciado el mismo día de su nacimiento. La perfecta simetría: dos camas iguales, dos camisones vaporosos y amarillentos... Aunque tampoco resultaba aventurado sospechar que existiera una pequeña, casi imperceptible discrepancia. Porque la vida tenía que haber dejado forzosamente sus huellas en aquellas antiguas muñecas encantadoras, hoy cincuentonas momificadas. Ángela estaba dispuesta a jurar por su honor que no murieron en idéntica posición. Una de ellas —¿María Asunción acaso?—, rígida, perfecta, como en el fondo debió de haber sido siempre. La otra —¿María de las Mercedes?—, un tanto más desmadejada y omisa, como nunca pudo dejar de ser... En aquel momento mi amiga se tomó un respiro. Pero tampoco esta vez fui lo suficientemente rápido. Toni soltó una risita de complicidad.

—Habéis estado hablando de Cosme, claro.

No. No habíamos estado hablando de Cosme, ni veía la razón por la que tenía que haberle hablado a Ángela de Cosme. Pero ahora ya no había remedio.

—Cosme es mi hermano —dije sonriendo—. Mi hermano gemelo.

No recuerdo con demasiada precisión lo que sucedió después. Sé que me dediqué a consumir whisky tras whisky mientras Ángela, presa de una sed insaciable, deglutía refresco tras refresco. Todo lo que había temido estaba empezando a ocurrir. Pero Ángela no me miraba con ojos censores e implacables ni parecía ya demasiado interesada en proseguir con su interminable discurso. Violeta Imbert acababa de tomar el mando de la situación. En realidad, ahora me daba cuenta, debía de haberse sentido un tanto inquieta hasta aquel momento. En guardia, al acecho. Como siempre que se trataba de demostrar a un extraño su posición en el grupo de amigos. Violeta nos conocía a todos desde hacía años. Incluso a Cosme. Por eso ella, sólo ella, se permitía, sin temor a ofenderme, develar las rarezas de mi doble, relatar su secreta afición a las noches sin luna o compadecerse, en un fastidioso tono lastimero, de lo terrible que tenía que resultar para mí el hecho de que mi propio hermano hubiera perdido el juicio. No añadió: «en cierta forma es como si una parte de Marcos estuviera enloqueciendo...», pero adiviné enseguida que era eso precisamente lo que estaba pensando Ángela. Yo seguí sonriendo con cara de estúpido, intentando demostrar que me hallaba muy por encima del problema, de *mi* problema, hasta que llegaron otros amigos, cambiamos de tema

y de bar, y al fin, olvidado de Cosme y de Ángela, y dominado por los vapores del alcohol, alcancé ese punto de brumas envidiable en el que uno ya no sabe si tiene un hermano o tiene cinco porque, para su felicidad, ni tan siquiera se acuerda demasiado de quién es él.

Al día siguiente desperté en mi cuarto con un tremendo dolor de cabeza y, al tiempo, una deliciosa sensación de placidez. Ángela, acostada a mi lado, me observaba con los ojos entreabiertos.

—¿En qué piensas? —preguntó.

No supe decirle en qué estaba pensando. Lo que hubiera podido ocurrir la noche anterior se me aparecía demasiado confuso, enmarañado y enigmático para atreverme a pronunciar palabra. Intenté atar cabos en silencio. Primero, el batido; después, sus precauciones en el mercado; luego...

—La historia de las dos pobres yemas —dije. Y me detuve en seco. Estaba empezando a recordar.

Ángela se incorporó levemente. Su aspecto era tan fresco y descansado como la noche anterior.

—Si es por eso —dijo—, no debes preocuparte. Terminaron bien.

Iba a abrazarme, pero se detuvo. Sus ojos volvieron a perderse en el vacío.

—Me olvidé de la tortilla, de la sartén... y las eché por el fregadero. Una tras otra. Una por el sumidero de la derecha; la otra por el de la izquierda. En ese

punto culminante alcanzaron la felicidad. Venció la diferencia, ¿sabes?... Porque una, la primera, pereció burdamente aplastada contra la rejilla. La otra, en cambio, sinuosa, incitante, se deslizó con envidiable elegancia por la tubería.

Después me miró arrobada y acercó sus labios a los míos. Era obvio que, tras aquel desigual desfile de modelos en el fregadero, Ángela veía en mí la reencarnación de la yema B, la sinuosa maniquí del sumidero de la izquierda. Era obvio también que aquella maravillosa mujer que yacía en mi lecho estaba completamente chiflada.

Pero mi problema, el problema del que había llegado a olvidarme, resurgía de pronto, por obra y gracia de Toni, Violeta y el Griffith —por mi falta de previsión, vaya—, y a mí no me quedaba otra salida que afrontarlo de una vez por todas. Porque nunca he tenido un hermano, menos aún gemelo, ni nadie en la familia que se llame Cosme. La ciudad en la que vivo es grande, lo suficiente como para que los amigos de uno no hayan visto en su vida a los progenitores del otro, a sus tíos, a sus sobrinos, a sus hermanos. Pero también condenadamente pequeña para que a alguien, a menudo una persona comedida y prudente (no tiene nada que ver), se le escape, en el momento más ines-

perado, la información inoportuna y nefasta. Sin embargo, no desearía cargar las tintas en detrimento de Toni Pujol. Era casi imposible que, aquella noche, en el Griffith, no terminara diciendo lo que dijo. Ángela se lo había puesto en bandeja, es cierto. Y también, por una vez, excuso a Violeta. Porque ella, de todos los amigos, era la única que se permitía alardear de conocer *personalmente* a mi familia. Y entonces, ¿cómo iba a permanecer callada cuando Toni acababa de mencionar a Cosme, yo ratificaba con sonrisa de estúpido su existencia, y Ángela nos miraba a todos, ansiosa y radiante (porque Ángela había dejado de hablar para mirarnos a todos, ansiosa y radiante) con la noticia de las gemelas suicidas doblada aún cuidadosamente junto al batido de plátano? Sí, la excuso. Pero sólo por aquella noche. Porque la temible Violeta estaba, al igual que yo, empantanada hasta el fondo en el origen de la historia: el momento fatídico en el que (de eso hará tres o cuatro años) cometí la solemne estupidez de prestarle mis llaves.

Me explicaré. Cuando un hombre entrega las llaves de su piso a una mujer —la réplica de las llaves de su piso, para ser exactos—, lo hace con la intención manifiesta de probar ciertos extremos. Amistad, generosidad, confianza... Pero, también, íntimamente convencido de que esa mujer, como contrapartida a tanta amistad, generosidad y confianza, llamará antes a la puerta, avisará a través del interfono, o se tomará el

trabajo, por puro formulismo, de utilizar la cabina de la esquina para anunciar su llegada. Nunca alguien como Violeta Imbert. Jamás una mujer como Violeta Imbert... Las dos únicas veces que le rogué que me aguardara en casa, es más, que todo estaba listo para que así sucediera —mi mejor poema sobre la máquina de escribir, la enternecedora carta de una supuesta admiradora arrugada junto a la papelera, y otras pruebas menores de las cualidades de mi alma—, Violeta se empecinó en esperarme en la tasca de abajo. De poco me sirvió entonces invocar el mal tiempo reinante o la posibilidad de que me demorara. Sólo después, mucho después, cuando ocurrió lo inevitable, comprendería que la actitud de mi amiga no tenía nada de respetuosa o discreta. A Violeta le arrebatava irrumpir en las casas a las horas más peregrinas. Como aquel lunes por la mañana, en el que yo la hacía en la facultad o durmiendo plácidamente en el piso de sus padres, y sin embargo estaba allí, con los zapatos en una de las manos, el manojo de llaves tintineando en la otra, y una expresión de terror tal que me encontré, ante mi asombro, acogiendo su presencia con un aullido. Aquel día empezó la pesadilla.

¿Cómo pude incurrir en la insensatez de confiar en Violeta? ¿Cómo no pensé en introducir mi llave en la parte interior de la cerradura o echar, por lo menos, la cadena de seguridad? Poco importa. Estas y otras tantas preguntas no me las formularía hasta mu-

cho después del terrible día de autos. Porque lo cierto es que por aquellas fechas yo me sentía un hombre relativamente feliz, sin interrogantes, sin dudas, y ciertos pasatiempos, a los que me entregaba muy de vez en cuando, no me parecían otra cosa que el encuentro obligado y saludable con uno mismo, la parcela de privacidad absolutamente necesaria para que *uno* disfrute, por unos momentos, de la insustituible compañía de *sí mismo*.

¿Tenía algo de raro, de inquietante, de espectacular que me gustara deambular desnudo por el piso? ¿Que dejara transcurrir los días sin darme un baño, observara complacido cómo la cerveza discurría por mi pecho o acumulara basuras y basuras durante semanas? Rotundamente no. Aquéllos no eran sino actos ineludibles y preparatorios, condiciones previas para que se produjera lo que yo deseaba. Porque cuando de algunas dependencias de la casa surgían, primero con timidez, como una breve insinuación, después con ánimo avasallador e implacable, ciertos efluvios putrefactos y pestilentes, cuando mi cuerpo empezaba a presentar el aspecto viscoso y el tacto imposible que me proponía, entonces sabía que había llegado el momento, que el ambiente no podía resultarme más favorecedor, y me disponía, sin mayores treguas ni aplazamientos, a regalarme con una sesión única, incompañable, deliciosamente privada. Mi helicón. El helicón al que antes hice referencia, despertado de su

apacible letargo en el armario ropero, majestuoso, reluciente, recuerdo de tantas bandas y orquestas callejeras, admiración en todos los tiempos de los niños del mundo. Y ahora mío. El instrumento más gigantesco y fascinante de todos los desfiles obraba en mi poder, desde hacía ya unos años, adquirido a un charilero ignorante, aguardando a que me lo enrollara al cuerpo, lo apoyara en mi hombro y, tomando aliento, me decidiera a jugar con esos bajos amenazadores y sombríos a los que, tan sólo en ciertos estados, había logrado arrancarles lo que me proponía: las tonalidades más burdas, más tétricas, más impensables.

Era un extraño placer al que recurría muy rara vez, cuando notaba llegado el momento, que exigía una aplicada preparación y sobre el que, como he dicho, no me formulaba demasiadas preguntas. Pero ahora sé que era muy semejante a descender a los infiernos; que, sin proponérmelo, los gruñidos que brotaban del helicón, mi propio aspecto, las terribles miasmas que surgían del baño, de la cocina, de la ropa hedionda amontonada en cualquier rincón de la casa, operaban como invocaciones a elementales, a incubos de la más baja estofa, a poderes de la peor categoría. Y ellos, los invocados, obedeciendo mis secretos mandatos, correteaban de aquí para allá, emborrachándome de delirio y de gozo, de vanidad y de soberbia. Todo esto lo supe de golpe. Supe lo que mi arte tenía de vil, rastrero, impresentable y bochornoso. Y comprendí también por

qué después de aquellos trances me sentía renacido, puro, el Marcos amable y tímido que conocían los demás. El Marcos que acababa de regresar de las profundidades del abismo... Lo supe de golpe, he dicho. Cuando la palabra *abyección* fue la única que me escupieron aquellos ojos redondeados por el espanto, por la vergüenza, por el asco. Violeta me miraba consternada. Había entrado de puntillas en la habitación, tras abrir la puerta del piso con sumo cuidado, después de seguir por el pasillo la llamada de mi música infernal. Y al observarme, al sentirme observado, desnudo, despeinado y pringoso, al aspirar la atmósfera nauseabunda que señoreaba la casa, comprendí por primera vez que *abyección* era el término exacto, propio e insustituible. Entonces Violeta gritó, y yo, presa del terror frente a mí mismo, me uní como en un espejo a su alarido.

Afortunadamente el terror, la vergüenza ante la vergüenza, no duraron más que algunos segundos. Violeta se apoyó en la jamba de la puerta y me miró con incredulidad. Y yo supe aprovechar aquel instante. Porque no había dicho aún «Marcos...». Y a juzgar por su expresión, ahora que nos encontrábamos cara a cara, en el más absoluto silencio, no iba a decidirse a pronunciar mi nombre sin acompañarlo de una leve entonación de duda, de interrogante, de burla. Aquello me alarmó todavía más. Antes de que Violeta empezara a comprender, antes de que circulara por el Griffith

mi particular interpretación de Jekyll-Hyde, antes de desmayarme o caer de bruces implorando piedad, antes, en fin, de perderme para siempre, una voz gutural, gangosa y desconocida acudió en mi ayuda.

—Marcos no está en casa —grité.

Y luego, algo más tranquilo, añadí:

—Soy su hermano. Y tengo todo el derecho del mundo a saber cómo has llegado hasta aquí.

Éste fue mi gran triunfo. El bochorno, la asfixiante vergüenza que me embargaba desde el instante en que me sentí descubierto, acababa de desplazarse hasta la intrusa. Seguía descalza, con los zapatos de tacón en una mano y las llaves tintineando en la otra. Ahora quien estaba en falso era ella, y su delito —su delito mayor— no consistía tanto en haber pasado por alto la existencia de un timbre, sino en sus pies desnudos, deslizantes, en los zapatos delatores que yo miraba fijamente —y ella no podía ocultar ya—, y que se erigían de pronto en la prueba irrefutable de su impudor y osadía. Violeta estaba roja como la grana. En otras circunstancias me hubiera deleitado con la visión. Pero no había tiempo que perder. Avancé unos pasos con resolución; ella retrocedió contrita y balbuceó un ingenuo: «Perdona. Marcos no me había dicho que tenía un hermano». Y asustada ante lo que acababa de insinuar —lo que corroboraba yo con mis ojos desorbitados—, es decir que a nadie, a nadie normal por lo menos, le gustaría hablar de *aquel* hermano,

dejó caer las llaves sobre una mesa, desapareció por la puerta y bajó los escalones de dos en dos.

Lo demás apenas si tiene importancia: que me duchara con la rapidez del rayo, vistiera ropa limpia y planchada, me perfumara incluso, tomara un taxi y le prometiera al chófer el doble del importe si se saltaba todos los semáforos; que llegara al Griffith segundos antes de que ella lo hiciera o que Violeta me contara consternada lo que acababa de presenciar y omitiera, eso sí, el pequeño detalle de los pies descalzos. Lo único importante es que aquel triste día entre Violeta y yo nos inventamos a Cosme.

Ahora comprendo, con el saber inútil y tardío que suele conceder la distancia, que lo mejor que podía haber hecho era dejar las cosas como estaban. Después de todo, ¿quién no tiene algo que ocultar por mínimo que sea? ¿Quién no ha sido sorprendido alguna vez hablando solo por la calle, contemplándose embelesado ante el espejo o entregándose a astutas discusiones con interlocutores inexistentes? Sí, pero sé también que ellos, los sorprendidos, en una inverosímil pero comprensible alteración de valores, recurrirían de buen grado a toda serie de actos reprobables para borrar su falta. No estaba pensando en el asesinato (aunque, en verdad, la muerte accidental de Violeta, en aquellos momentos, me

hubiera dejado indiferente), pero sí en paliar con un despliegue de locura mayor aquello que, en resumidas cuentas, no interesaba a nadie más que a mí mismo. Lo cierto es que un buen día me vestí de Cosme —es decir, me puse una gabardina polvorienta y arrugada, un calcetín a cuadros, otro a rayas, y un pastizal de alheña en la cabeza—, resolví oler a Cosme —no importaba tanto que los otros lo captaran como que yo lo percibiera— y decidí deambular por la ciudad, en una noche sin luna, tal y como, de existir, hubiera hecho Cosme. Pero, aunque la opacidad de las gafas tras las que me ocultaba me hacía, a ratos, tambalearme como un invidente, no vagué a ciegas por cualquier barrio. Mi itinerario tenía una finalidad, un recorrido preciso y un objeto. Dejarme ver a una hora determinada y frente a un lugar concreto. Y enseguida comprobé que había logrado mi propósito. Porque, pese a la deficiente información que me proporcionaban los ojos, no tardé en percatarme del efecto de mi espectral apariencia tras los cristales del Griffith. Tal como había calculado, ahí estaban todos, agrupados ahora en la ventana de nuestra mesa favorita, inmóviles, atónitos, y, aunque nada podía oír, sí adiviné a Violeta, como la maestra de ceremonias que había sido siempre, reafirmar, con mi paso dubitativo y mi aspecto estrambótico, la última de sus increíbles aventuras siniestras: «¿No os lo dije? Es Cosme. Anda buscando a su hermano. Disimulemos. Cosme es un perturbado peligroso».

Cosme, pues, entró en escena unas cuantas veces. Siempre en lugares puntuales, a horas convenidas. La aptitud fabuladora de Violeta, una cualidad que no había valorado lo suficiente, me ayudó a alcanzar mis objetivos. Pronto me enteré, no sin cierto deleite, de que mi monstruosa réplica no se había contentado con amenazar de palabra a la inocente intrusa. Un amago de estrangulamiento, desgarrones brutales en su delicado traje de seda, y una pasión y un deseo capaces de aterrorizar a la mujer más bregada componían ahora el cuadro de sufrimientos y penalidades por los que había pasado la dulce heroína. Porque si el hermano normal —es decir, Marcos— se sentía, como todos sabían, vigorosamente atraído por los encantos de Violeta, ¿qué no iba a manifestar aquella copia ruin y abyecta, aquel animal desbocado para quien no existía la convención, la moral o el freno a sus instintos? Resultaba gracioso. Violeta se estaba enfangando tanto como yo, y a mí no me quedaba más que dar por zanjado el asunto. Así que interné a Cosme en un sanatorio, condené al helicón al eterno ostracismo en la oscura soledad del armario ropero y me juré a mí mismo que aquellas extrañas sesiones que tanto me alborozaran no volverían a repetirse en la vida. Tampoco, aunque estaba plenamente convencido de lo intachable de mi futura conducta, permitiría en adelante que nadie, ni por asomo, se hiciera con las llaves del piso.